

—¿Estás seguro, *Ravioles*, de que acaba de irse?...

—Te digo que sí, hombre, hará un cuarto de hora que le abrió Epigmenio la puerta del jardín.

—Pues anda, Genarito, hijo, vuélvete ojos, que yo sólo puedo volverme maldiciones.

Cuando columbraron á Santa, cuando Genaro la reconoció á lo lejos y le comunicó á Hipólito su descubrimiento, Hipólito lo detuvo:

—Déjame resollar, bárbaro, que me has traído á galope...

Rióse Genaro del pudor de su amo, ordenador de la carrera, á quien observó trémulo y no jadeante.

—Santita,—murmuró Hipólito al aproximársele,—¿qué le sucede á Ud?

—Ay, Hipo, qué gusto que venga Ud.,—dijo ella echándosele al cuello sin reservas ni melindres; de nuevo ahogada por los sollozos que la sacudían y por las lágrimas que á raudales le manaban.

—Pero ¿qué la aflige á Ud., Santita, qué le ha pasado?—replicóle Hipólito sin siquiera estrechar la cintura y el busto que le abandonaban. Y al interiorizarse de la muerte de Agustina; al saber que Santa no quería ver á nadie ni con nadie dormir, á riesgo de que no la solicitasen más y se muriera de hambre, redobló sus atenciones castas y delicadamente le aconsejó una salida:

—Tiene Ud. razón que le sobra, Santita... perder uno á su madre ¡caracoles!.. Lo que importa entonces es no tornar á la casa. Duerma Ud. en

un hotel, encerrada en el cuarto que le den, y mañana, Ud. dirá... Esta noche sólo debe Ud. dormir con sus pesares. Genaro! búscate un coche.

Más delicadamente todavía, mientras duró la instantánea ausencia del granuja, no supo dominarse y besó las enclavijadas manos de Santa, que halló al alcance de su boca. Oh! uno ó dos besos nada más, respetuosísimos, apenas rozando el cutis sedoso de la ramera sin ventura... Luego, la empaquetó en el simón, le recomendó hotel y liquidó al cochero con propina y todo.

—Le pago, Santita, porque Ud. no ha de llevar suelto y porque no vale la pena, ni más pobre ni más rico...

Y como enclavado en la acera permaneció un rato, meneando sus cejas desafortadamente, los labios á compás. Genaro, interesado á la fuerza en los extraños sucesos, llegó á dudar si el ciego rezaría...

Únicamente Dios para saber lo que pasaría por el espíritu de Santa en aquella noche de duelo solitario que eterna se le hizo dentro de un cuarto del hotel "Numancia", en cuya cama se estuvo, más amodorrada que dormida, hasta sonadas las 11. Al repique de la campanilla eléctrica, acudió el sirviente solícito y se plantó á media habitación sin quitarse la gorra de iniciales de níquel.

—¿Le subo á Ud. un café? ¿con veneciana ó con mollete?—preguntó á la huéspeda.

—Como te dé la gana, me es lo mismo. Súbeme papel y pluma y que me llamen á un mensajero.



Abre el balcón antes de irte... no tanto... ahí...

—De “El Cosmopolita” se lo traje, porque es superior,— anunció el sirviente á su regreso, cargado de azafate, taza, cafeteras, azúcar y un pan francés rebanado á lo largo y untado de mantequilla,—figúrese Ud. que todos los toreros que en él se reúnen se lo aseguran al dueño!.. La mantequilla es de Toluca y el mollete me lo doraron al horno... ¿arrimo una mesita ó se lo sirvo en el *buró*?... Ya en el despacho llamaron al mensajero y pedi una pluma... ¿fria ó caliente para lavarse?—terminó después de alistar, muy práctico, el ponderado desayuno y de posesionarse de la jarra posada en el fondo de la palangana vacía.

Santa no justipreció la charlatana indole del sirviente, aprobaba de antemano sus propuestas. Concluyó de empeorarle el humor,—de suyo desapacible en este despertar, que á modo de “buenos días” le dió en la memoria con la dramática escena de la víspera,—el notar que contra sus deseos y más enérgicas voliciones de pensar sola y exclusivamente en su desgracia, en lo irreparable de la pérdida, en las virtudes de su madre, fuérasele el pensamiento hacia todos lados, rumbo á todas las cosas, aun las más triviales y ajenas á las que ella pretendía encadenarlo. ¿No acababa de largársele, oyendo las tonterías del sirviente hablador, camino del “El Jarameño”?... Y por oponerse Santa á los caprichos de su pensamiento, por empeñarse en sacarlo de ese camino en que se atascaba, mantúvose más minutos de los que quisiera, pensando en el hombre ése...

Cuando de nuevo se apoderaron de ella sus melancolias, escribió cuatro palabras á su compañera la “Gaditana”:

“... tengo encima una aflicción grandísima. A “la tarde nos veremos; avísaselo á Pepa ó á la “misma Elvira y mándame con el mensajero el “vestido más obscuro que encuentres en mi armario y un mantón negro de cualquiera de ustedes...”

Cerró su carta y formó un lío con las ropas y el abrigo que portaba la noche anterior, quedándose entre sábanas. Vuelta á sus soledades mentales, sin esfuerzo domeñó ahora su pensamiento, el que, domeñado, claro, enderezó los pasos á su pueblo, Chimalistac; á la blanca casita de su infancia; á su madre, sus hermanos, sus pájaros, sus flores; á sus comuniones anuales y matutinas en la capilla del villorrio toda desconchada por fuera y dentro, carcomida su torre caduca, formando al techo la hilera de nidos de golondrinas hasta su mitad empotrados y semejantes á botijos musgosos, un alero convexo; enderezó los pasos á los alrededores de su vivienda, á quintas y huertos de parientes y amigos. Miraba el conjunto por manera fantástica: unas cosas cerrando los ojos, otras, abriéndolos; mirábalo casi cual existencia de prójimo y no suya; sí, sí, bellissimo todo, pero qué distante, Señor, qué distante... mucho más allá de lo bueno y de lo malo, de sus purezas de doncella recatada y de sus liviandades de prostituta en boga; lejos, lejos... Lejanía tamaña, ocasionábale interno júbilo; no regresaría á su pueblo ni á lo demás, porque el regreso era imposible ¿acaso



regresamos á los países del sueño? y no por maldad suya que oculto poder omnipotente castigara prohibiéndoselo... ¿si se prosternara ante ese mismo poder oculto?...

—No, no, qué desvergüenza,—masculló en las almohadas escondiendo la cara en el embozo de las sábanas, cierta de que el oculto poder la atisbaba.

Fué una lucha corta, de gente vulgar que no ahonda teologías sino que se deja conducir por su instinto. Y su instinto sugeriale á Santa el encaminarse á un templo, encender un cirio por el alma de la finada, orar por su descanso eterno; cuanto recordaba que es de rigor ejecutar por los muertos. ¿Que estaba en pecado mortal?... demasiadamente que lo sabía; mas la muerta era su madre y de rezarle tenía. ¿Había de rezarle en el...? ¡qué horror, san Antonio de mi alma, qué horror!... ¿Le rezaría ahí, en un hotel, en la calle, en un coche?... qué impropio y qué disparatado! Por otra parte, habíanla ganado tales ansias de cambiar de vida... sí, de cambiar de vida ¿por qué no?... ¿ó sólo de eso se podía vivir?... ¿Cómo de muy diversos modos vivía tanta mujer, hasta con criaturas que nutrir y abandonadas igualmente de sus seductores?... Pues, á imitarlas y pegarse al trabajo, que fuerzas y salud poseía de sobra. ¿De qué trabajaría?... ¿de planchadora? ¿de lavandera? ¿de criada?... No, de criada no, por ningún salario. De lo que se presentara, en cualquier oficio... Y prosiguió arrebatando el plan de toda una existencia de arrepentimiento y enmienda, con la que se regeneraría poquito á poco, mucho más despacio que

cuando se envileciera, pero lográndolo al cabo por remate á sus empeños. Cierto que la senda,—aún antes de recorrerla,—la amilanaba de puro espinosa y alfombrada de abrojos; cierto que entre proyecto y proyecto cruzaba la imagen de sus amigos preferidos, con los que no pecaba á disgusto; la de Rubio, que reiteraba su oferta de mancebía apartada; la de este mocito que la trataba como á prometida; la de aquel viejo que le exigía indecencias complejas que á ella la divertían; hasta la imagen de Hipólito cruzó la senda mística de salud infalible,—que únicamente en el lastimado cerebro de Santa adquiriría contornos reales,—la cruzó en un segundo, sin que la misma Santa entendiera por qué la cruzaba, dado que el ciego salía sobrando por idéntica manera en el próximo vivir que en el vivir actual, y dado que quien llenaba rato há la senda en proyecto era “El Jarameño“... ¡qué pesadez de hombre, con su persecución perenne!... ¿con que sí, eh?... pues á desterrar intrusos y, de ser preciso, á darse de cabezadas contra las piedras del templo!

Como madurase su plan con los ojos cerrados, vuelta á la pared y asaz ensimismada, no oyó que el sirviente del hotel depositó en una silla los trapos oscuros y el mantón de negro burato, remitidos por la “Gaditana“. Se le antojó obra de ensalmo hallárselos tan cerca y por invisibles manos llegados, y resolvió su inmediata concurrencia á una iglesia. Iria, ya se ve que iría; y febrilmente, hinchados sus ojos con el mucho llorar y con el poco dormir, bañóse el rostro en el agua tibia de la jofaina, se vistió á las volan-



das, y extrayéndose de una de las medias un fajo de billetes, pagó su cuenta.

Las cuatro de la tarde serían; las calles del Refugio y del Coliseo Viejo veíanse henchidas de copia de transeuntes y muchedumbre de vehículos, empapadas del riego que sobre su piso de *macadam* desparramaban los carros irrigadores del Ayuntamiento y los criados de tiendas y almacenes, empapadas de sol, un sol poniente que se hundía tras las azoteas de la Casa de Maternidad, allá en la calle de Revillagigedo que rompe la línea recta de las de la Independencia y Tarasquillo, hacia las que Santa miraba.

Maquinalmente entróse Santa á la confitería de junto al hotel, servida por señoritas muy limpias y guapas, afables, con grandes delantales claros:

—¿Qué apetece la señora?...

¿Que qué apetecía? Ser igual á ellas ó como se las imaginaba que serían: honradas, trabajando un montón de horas, viviendo en familia, queriendo á su novio... Compró caramelos, por comprar algo, ruborizada, y provista del cartucho de dulces, no bien desfiló un alud de tranvías, cogió el callejón del Espíritu Santo, continuó por el de Santa Clara y doblando á la izquierda no paró hasta la reja del templo de ese nombre.

En el atrio, un mendigo estropeado le alargó la mano y Santa le dió un peso duro, subiése luego el mantón y se adelantó á la puerta, emocionada con los conjuros que el maravillado mendigo la endilgaba:

—¡Alabado sea el Divinísimo Sacramento!...

¡La Santísima Virgen de Guadalupe le dé á usted más, niña!...

Pisaba los umbrales á tiempo que estalló dentro del templo un gran repique de campanillas y que el órgano entonaba un himno formidable, imponente, con algo de extrahumano en sus sóbrias melodías sacras... Sobrecogida, Santa se detuvo y por darse á sí misma un pretexto, segunda vez fué al mendigo que ya levantaba el campo, y que al advertir á Santa, apresuró sus andares calculando que, regularmente, vendría á reclamarle el peso por equivocación regalado.

—Oiga Ud., oiga Ud.,—tuvo que repetirle Santa,—también le regalo á Ud. éste, son caramelos.—Y le tendió el paquete.

Recatadamente, gacha la cabeza y entornados los párpados, realizando un supremo esfuerzo, penetró en el templo y conquistó un rincón, entre un confesonario y la tarima alfombrada de un altar lateral. Por su gusto habría penetrado de rodillas. Arrodillóse en su medio escondrijo, aturdida de la emoción y del repique de las campanillas que en unas ruedas de madera giraban impulsadas por los acólitos; anonadada, sobre todo, por el órgano que vertía y multiplicaba en la bóveda de la nave acentos de otros mundos, graves, temblorosos, sostenidos, casi celestiales que á ella le producían bien y mal á un propio tiempo: bien, cuando los traducía como esperanzas de perdón; mal, cuando los interpretaba como certidumbre de fatal castigo; y en la una y en la otra vez, patentizándole con lo majestuoso y severo de sus notas, cuán vil y des-



graciada era, qué pequeña, qué débil, qué sola, qué misera!

Acometiéronla entonces mayores ansias de orar, por eso, por desgraciada y vil; "que,—pensaba ella,—el rezo se ha inventado para nosotros, los viles y los desgraciados, los que no supimos resistir y habemos más grande necesidad de cura..." Con objeto de alcanzar el Cristo del altar mayor, abrió sus ojos, á par que escuchaba con deleite cómo el órgano, ahora, le reiteraba las promesas de un perdón excelso.

¡Señor Dios y lo que vió!

Vió á un sacerdote, de espaldas al ara cuajada de cirios y de dorados, levantada la cortinilla de damasco del tabernáculo de cristales y ónicos, empuñando una custodia de rayos tan vivos y deslumbrantes cual si estuviesen forjados del sol que al través de los vidrios de la cúpula tamizaba aureo polen en las canas del padre, en los bordados de su capa pluvial y en los pliegues del humeral, el paño blanco de oro recamado, que posaba encima de sus hombros angulosos de viejo y con cuyas extremidades habíase envuelto sus entrambas manos impuras de hombre, para sostener la custodia que atesoraba el Sacramento, y manifestarla en una conversión de su cuerpo, pausada y noble, á la adoración de los fieles prosternados.

Santa, en éxtasis, pidió mentalmente la muerte, olvidada de su vida y de sus manchas. Morir ahí, en aquel instante, frente por frente del Dios de las bondades infinitas y de los misericordiosos perdones.

Y retrotraída, de improviso, á sus prácticas

de campesina católica, humilló la cerviz y se abatió en la tierra que besó y besó, fervorosamente, con sus labios frescos y carnosos de hembra mancillada.

Advirtió apenas que el órgano enmudecía y las campanas callaban; que algunos fieles partían del templo, según se colegía de un rumor sordo de pasos. Escuchó en seguida que movían bancas y arrastraban sillas. Enderezóse y apoyando los codos en el reborde de la puerta del confesonario, muy esperanzada se puso á orar todas sus oraciones de rapaza, las que rezaba á dúo con su madre en la casita blanca de su pueblo. De consiguiente, no se fijó en la entrada de un batallón de chiquillas ni en una media docena de damas principalísimas,—presidentas, secretarias y tesoreras de no sé qué cofradías,—que la miraban, la señalaban con el dedo y asistidas de un capellán de sotana y bonete, discutían con calor. No reparó en eso, no, ni tampoco era fácil que supiese que alguna de ellas guardaba en su conciencia faltas tan leves como un adulterio consentido por la aristocracia á que pertenecía.

Pero ellas sí la habían reconocido.... ¿quién la mandó atraer con sus hechizos de carne dura y sabrosa á padres, esposos é hijos? ¿quién la mandó exhibirse en teatros y paseos, donde señoras y señoritas, cuyo alentar ignoraba Santa en su olimpico desdén de triunfadora que no admite rivales, habíanse aprendido de memoria sus facciones y su nombre?

La discusión concluyó por una arbitrariedad: llamando al sacristán y ordenándole algo muy



imperiosa y austeramente, en alto los índices enguantados, las tocas y sombreros con las plumas temblorosas, el capellán con las manos en las sienas y las chiquillas inquietas mirando ora á sus protectoras ora á la mujer arrodillada, contra la que se disparó el sacristán:

—Se va Ud. á salir de aquí al momento,—dijo brutalmente á Santa, que lo vió sin comprender lo que le decía, perturbada en su oración y en su ensueño místico.

—¿Que me vaya yo?... ¿y por qué he de irme? Ud. no es el dueño de esta iglesia y en la iglesia cabemos todos, más los que somos malos.

—No me obligue Ud. á echarla á la fuerza,—declaró el sacristán, persona ordinaria que se sabía protegido.

—Déjeme Ud. un rato más, por favor,—rogó Santa,—estoy rezando por mi madre que ha muerto y porque á mí me perdone Dios...

—Qué madre ni qué mi abuela! ¿Se va Ud. ó llamo á un gendarme para que la saque?...

La amenaza del gendarme amedrentó á Santa. ¿La policía?... no, no. La policía era su dueño, su amo, su terror; á ella pertenecía, como todas las de su oficio, como todo lo que se alquila y como todo lo que delinque...

—Ya me voy,—suspiró,—tiene Ud. razón, nosotras no deberíamos venir á estos lugares... ya me voy...

Y sin santiguarse, sin subirse el mantón que ya se le había bajado de la cabeza, seguida del sacristán que con fingidos enojos la contemplaba, Santa salió del templo y se arrimó á una de las columnas del atrio.

—No, aquí tampoco,—decretó el celoso sacristán,—¡á la calle, á la calle!

A la calle se dirigió Santa, obediente y muda. Y en la calle la examinaban con extrañeza, las personas ayunas de lo acaecido.

Sólo ella sabía por qué la expulsaban, sólo ella: era huérfana y era ramera, pesaba sobre ella una doble orfandad sin remedio.